

VIII.

Hasta los inválidos pueden ser felices.

Ya que hemos pronunciado la palabra pudorosa y ya que nada ocultamos, debemos decir que una vez, esto no obstante, experimentó Mario, á través de un éxtasis, de parte de "Ursula," un agravio sério. Era uno de los días que la jóven hacia que el señor Blanco se levantara del asiento y que paseara con ella por la alameda. Fresca brisa de Mayo agitaba los plátanos. El señor Blanco y su hija, apoyada en el brazo de aquel, pasaron por delante del banco de Mario, el que lo abandonó en seguida y los siguió con la vista, como convenia á la situación en que se encontraba su espíritu.

De pronto una ráfaga de viento, más alegre y juguetona que las otras, encargada sin duda de los asuntos de la primavera, voló desde el Vivero, se abatió sobre la calle de árboles, envolvió á la jóven en delicioso estremecimiento, digno de las ninfas de Virgilio y de los faunos de Teócrito, y la levantó el vestido, aquel vestido sagrado como la túnica de Isis, hasta la altura de la liga, y enseñó desnuda una pierna de exquisita forma. Mario la vió y le exasperó y le puso furioso ese espectáculo.

La jóven se bajó con rapidez el vestido con gracioso movimiento de susto; pero no por eso se indignó menos Mario. Es verdad que estaba él solo en la alameda, pero podía haber habido gente.—Si lo hubiera visto alguno seria un bochorno, pensaba Mario.

La hermosa jóven no pudo impedirlo; el criminal fué el viento; pero Mario, en el que rugia el Bartolo que hay en todo querubin, estaba determinado á enfadarse, y sentia celos hasta de su sombra. De este modo se despiertan en el corazon humano y se imponen, hasta sin derecho, los acres y extraños celos de la carne. Además, y prescindiendo de los celos, la vista de la hermosa pierna no le fué agradable: la media blanca de la primera mujer que hubiese encontrado al paso le hubiera causado mayor placer.

Cuando "Ursula," al llegar al extremo de la alameda, volvió á pasar con el señor Blanco por delante del banco, donde Mario estaba ya sentado, éste la dirigió una mirada irritada y feroz. La jóven hizo el movimiento de hombros y

el arqueamiento de cejas que significan: "¿qué tendrá?"

Esta fué la "primera riña," de Mario.

En este momento una persona atravesó la alameda. Era un inválido encorvado, viejo y cano, con uniforme de la época de Luis XV, que llevaba al pecho la cruz de San Luis de soldado, que le caia una manga del uniforme sin brazo dentro, y tenia una pierna de palo.

A Mario le pareció que aquel desdichado estaba extremadamente satisfecho; hasta le pareció que aquel viejo cínico, al pasar cojeando por su lado, le dirigió un guiño fraternal y alegre, como si la casualidad hubiera hecho que estuviesen en inteligencia y que hubiesen saboreado juntos alguna buena fortuna. ¿Qué motivos tenia para estar contento aquel despojo de Marte? ¿Qué habia pasado entre su pierna de palo y la de carne? Mario llegó al colmo de sus celos.—Tal vez estaba aquí y la ha visto! se dijo. Y le dieron tentaciones de exterminar al inválido.

Como con el tiempo todo se olvida, la cólera de Mario contra "Ursula," por justa que fuese, se desvaneció. Acabó por perdonarla, pero necesitó hacer un esfuerzo y se manifestó resentido con ella tres días.

Sin embargo, á pesar de todo esto y por causa de todo esto, la pasión de Mario crecía hasta rayar en locura.

IX.

Eclipse.

Acabamos de saber que Mario descubrió ó creyó descubrir que la jóven se llamaba Ursula.

En el comer y en el amar, comiendo se abre el apetito. Saber que se llamaba Ursula, que fué mucho para él, era ahora ya poco. Mario en tres ó cuatro semanas devoró esa felicidad, y deseó otra; quiso averiguar dónde vivia.

Nuestro enamorado habia cometido dos faltas: la primera fué caer en la emboscada del banco del Gladiador y la segunda no quedarse en el Luxemburgo cuando iba allí solo el señor Blanco. Luego cometió la tercera falta, que fué seguir á Ursula.

Esta vivia en la calle del Oeste, en el sitio más solitario, en una casa nueva de tres pisos, de modesta apariencia.

Desde que Mario lo averiguó, añadió á la dicha de verla en el Luxemburgo la de seguirla hasta su casa.

Su apetito iba en aumento. Sabia su nombre, dónde vivia, y quiso averiguar quién era.

Una noche, despues de seguir al padre y á la hija, cuando los vió desaparecer tras de la puerta-cochera, entró detrás de ellos y preguntó con audacia al portero:

—¿El que acaba de entrar es el señor del piso principal?

—No, respondió el portero. Es elinquilino del tercero.

Acababa de dar un paso; este triunfo, que consiguió con facilidad, le alentó.

—Interior ó exterior? preguntó Mario.

—La casa no tiene más que cuartos que dan á la calle.

—¿Qué profesion tiene ese caballero?

—Es rentista, es un señor excelente y muy caritativo, y aunque no es rico, dá mucho á los pobres.

—¿Cómo se llama? interrogó Mario.

El portero, mirándole con fijeza, le dijo:

—Sois acaso polizonte?

Mario salió de allí algo mohino, pero contento. Progresaba.

—Bien; ya sé que se llama Ursula, que es hija de un rentista y que vive en el piso tercero de la calle del Oeste.

Al dia siguiente el señor Blanco y su hija pasearon muy poco por el Luxemburgo, y aun era muy de dia cuando se marcharon. Mario los siguió hasta la calle del Oeste, como tenia por costumbre. Cuando llegaron á la puerta-cochera de la casa, el señor Blanco hizo pasar primero á la jóven; luego se paró antes de atravesar el umbral, volvió la cabeza y miró fijamente á Mario.

Al dia siguiente ya no fueron á pasear al Luxemburgo y Mario les esperó en vano toda la tarde.

Al anoecer fué á la calle del Oeste, vió luz en las ventanas del tercer piso y se estuvo paseando debajo de ellas hasta que la luz se apagó.

Al dia siguiente tampoco fueron al Luxemburgo. Mario también esperó toda la tarde y luego se puso de centinela bajo las ventanas. Esto le entretenia hasta las diez de la noche. Apenas comia. La calentura alimenta al enfermo y el amor al enamorado. Así se pasaron ocho dias, durante los que el señor Blanco y su hija ya no volvieron á aparecer en el Luxemburgo. Mario hacia tristes pronósticos, y no se atrevia á espiar la puerta-cochera durante el dia. Se contentaba con ir de noche á contemplar la claridad rojiza de los cristales. Veia de

vez en cuando pasar sombras por detrás de ellos y el corazon le latia entonces.

Al octavo dia, ó por mejor decir, á la octava noche ya no vió luz en las ventanas.—"Todavía están á oscuras, y sin embargo, ya es muy tarde. ¿Habrán salido?" se dijo. Esperó hasta las diez, hasta las doce, hasta la una de la noche, pero ni se encendió luz detrás de las vidrieras, ni entró nadie en la casa. Mario se marchó de allí muy triste.

Al otro dia tampoco los vió en el Luxemburgo, como lo temia; al anoecer volvió á la casa. Tampoco habia luz en las ventanas: las persianas estaban cerradas y el tercer piso oscuro como boca de lobo.

Mario llamó á la puerta-cochera, entró y preguntó al portero:

—Está el señor del piso tercero?

—No vive aquí ya; mudó de domicilio, le contestó el portero.

Mario vaciló y preguntó con timidez:

—Desde cuándo?

—Desde ayer.

—¿Dónde se ha mudado?

—No lo sé.

—¿No dejó las señas de su nuevo domicilio?

—No.

El portero levantó la cabeza y conoció á Mario.

—Calla! exclamó, sois vos!... ¿Conque decididamente pertenecis á la policia?

LIBRO SÉPTIMO.

Patron-Minette.

I.

Las minas y los mineros.

Todas las sociedades humanas tienen lo que en lenguaje teatral se llama el foso. El suelo social está minado por todas partes, ya para el bien, ya para el mal. Estas obras están superpuestas; existen en ellas minas superiores y minas inferiores. Hay arriba y abajo en ese oscuro subsuelo que se abre á veces bajo la civilizacion y que nuestra indiferencia y dejadez huellan á cada instante. La enciclopedia del siglo pasado fué una mina casi á cielo abierto. Las tinieblas, que fueron las sombrías incubadoras del cristianismo primitivo, solo esperaban la ocasion para hacer explosion en tiempo

de los Césares y para inundar de luz al género humano; porque en las tinieblas sagradas existe la luz latente.

Los volcanes están llenos de una sombra capaz de lanzar llamas. Toda lava empieza por ser oscuridad. Las catacumbas, donde se dijo la primera misa, no solo eran las cuevas de Roma, sino el subterráneo del mundo.

Hay debajo del edificio social la complicada maravilla de los sótanos, con excavaciones de todas clases. Allí se encuentran la mina religiosa, la mina filosófica, la mina política, la económica y la revolucionaria. Allí cavan unos con la pica de la idea, otros con el número y otros con la cólera. Se llaman y se responden desde una catacumba á otra. Las utopías caminan bajo tierra por las galerías y se ramifican en todos los sentidos; se encuentran algunas veces y fraternizan. Juan Jacobo presta su piqueta á Diógenes y éste á su vez le presta la linterna. Otras veces se combaten unas á otras. Calvino riñe con Socin. Pero nada detiene ni interrumpe la tensión de todas esas energías hácia su fin, ni la vasta actividad simultánea que vá y viene, sube, baja y vuelve á subir en aquellas oscuridades y que transforma lentamente lo superior desde bajo y lo exterior desde dentro; inmenso y desconocido hormiguero. La sociedad apenas sospecha que existe dicha excavación, que le deja permanente la superficie y que le cambia las entrañas. Tantos pisos subterráneos suponen otros tantos trabajos diferentes, otras tantas extracciones diversas. ¿Qué sale de todas esas profundas simas? El porvenir.

Cuanto más se ahonda en el foso, más misteriosos son los trabajadores. Hasta el grado que el filósofo social sabe conocer, el trabajo es útil; más allá de este grado es dudoso y mixto, y más abajo llega á ser terrible. A cierta profundidad las excavaciones no son ya penetrables al espíritu de la civilización, porque traspasan el límite respirable del hombre, y en ellas solo es posible un principio de monstruos.

Es extraña la escala descendente; cada uno de sus escalones corresponde á un piso, en el que la filosofía puede asentar el pié, y donde se encuentra á uno de esos obreros, unas veces divinos y otras veces deformes. Más abajo de Juan Hus se halla Lutero; más abajo de Lutero está Descartes; bajo de Descartes está Voltaire; bajo de Voltaire está Condorcet; bajo de Condorcet, Robespierre; bajo

de Robespierre, Marat; bajo de Marat, Babeuf. Y así continúa. Más bajo aun, en el límite que separa lo indistinto de lo invisible, se divisan confusamente otros hombres sombríos, que acaso no existen todavía. Los de ayer son espectros, los de mañana son larvas. La vista del espíritu apenas los alcanza á distinguir. El trabajo embrionario del porvenir es una de las visiones del filósofo.

Es inaudita la silueta de un mundo en el limbo en estado de feto.

Saint-Simon, Owen y Fourier se hallan allí también en simas laterales.

Aunque cierto encadenamiento divino é invisible une entre sí y sin saberlo ellos mismos á todos los minadores subterráneos, que casi siempre se creen aislados y no lo están, sus trabajos son muy diversos, y la luz de unos contrasta con las llamaradas de otros. Unos son paradisiacos y otros trágicos. Pero cualquiera que sea el contraste que ofrezcan, todos estos trabajadores, desde el más alto hasta el más bajo, desde el más sábio hasta el más loco, tienen una semejanza, la del desinterés.

Marat se olvida de sí mismo, como Jesús. Prescinden de ellos, dejan aparte su individualidad, y piensan solo en la humanidad. Tienden su mirada, y su mirada busca lo absoluto.

El primero tiene todo el cielo en los ojos, y el último, por enigmático que sea, tiene también en sus pupilas la pálida claridad del infinito. Respetemos á todo el que tiene por signo la pupila-estrella.

La pupila-sombra es otro signo; en ella principia el mal. Ante el que tiene apagada la mirada meditada y temblada. El orden social también tiene sus mineros negros.

Se llega á profundizar en un punto en el que el ahondamiento es enterramiento y en el que la luz se apaga.

Por bajo de todas las minas que acabamos de indicar, más abajo de dichas galerías, más abajo del sistema inmenso, subterráneo y venenoso del progreso y de la utopía, mucho más dentro de la tierra, más bajo que Marat, más bajo que Babeuf, muchísimo más bajo, y sin relación ninguna con los pisos superiores, se encuentra la última zapa, que es un sitio formidable. Es lo que designamos con el nombre de *foso*. Es el foso de las tinieblas. Es la cueva de los ciegos. *Inferi*. Es lo que comunica con los abismos.

II.

El bajo-fondo.

En él desaparece el desinterés. El demonio se bosqueja allí vagamente; cada cual trabaja para sí. El yo ciego aulla, busca, tatea y roe. El Ugolino social se encuentra en ese abismo.

Los espectros feroces que vagan por esas profundidades, casi bestias, casi fantasmas, no se ocupan del progreso social; desconocen la idea y la palabra y solo se cuidan de saciar el apetito individual. Son casi inconscientes y hay en su interior una especie de tabla rasa aterradora. Tienen dos madres que son madrastras: la ignorancia y la miseria. Tienen un guía, la necesidad, y por toda forma de satisfacción el apetito. Son brutalmente voraces, es decir, feroces; no como el tirano, sino como el tigre. Del sufrimiento pasan estas larvas al crimen; filiación fatal, engendro vertiginoso, lógica de la oscuridad.

Lo que se arrastra en el foso social no es la ahogada reclamación de lo absoluto, es la protesta de la materia. El hombre se convierte allí en dragón. Tener hambre y sed es el punto de la partida; ser Satanás es el punto de la llegada. De esa caverna sale Lacenaire.

Acabamos de ver, hace poco, en el libro cuarto una de las regiones de la mina superior, de la gran zapa política, revolucionaria y filosófica. Allí, como hemos visto, todo es noble, puro, digno y honrado. Allí pueden equivocarse, y á veces se equivocan; pero el error es allí venerable, porque lleva envuelto en sí el heroísmo. El conjunto del trabajo que allí se ejecuta se llama Progreso.

Hemos llegado ahora al momento de entrever otras profundidades, las profundidades repugnantes.

Existe bajo la sociedad, insistimos en ello, y existirá hasta el día que se destruya la ignorancia, la gran caverna del mal.

Esta caverna es, de todas, la más baja, y es enemiga de todas. En ella reina el odio. Esta cueva jamás conoció filósofo alguno; su puñal nunca sirvió para cortar una pluma. Su tizne negro no tiene relación alguna con la negrura de la tinta. Jamás los dedos que se crispan en la oscuridad bajo aquel techo asfixiante han hojeado un libro ni desplegado un periódico. Babeuf era un explotador para Cartouche; Marat un aristócrata

para Schinderhannes. Esa caverna tiene por objeto el hundimiento de todo.

De todo, incluidas las zapas superiores que ella execra. No solo mina en su horrible hormiguero el orden social actual: mina también la filosofía, la ciencia, el derecho, el pensamiento humano, la civilización, la revolución y el progreso.

Esa caverna se llama robo, prostitución, homicidio y asesinato. Es tinieblas y quiere ser caos. Su bóveda la mantiene la ignorancia.

Todas las otras minas, las de arriba, solo tienen un objeto; suprimir lo de abajo. A eso tienden por todos sus órganos á la vez, tanto por el mejoramiento social como por la contemplación de lo absoluto: la filosofía y el progreso. Destruid la caverna de la Ignorancia y habreis destruido al topo del Crimen.

Condensemos en pocas palabras parte de lo que acabamos de decir. El único peligro social es la Oscuridad. Humanidad es identidad. Todos los hombres están formados del mismo barro. No existe diferencia alguna en el mundo en cuanto á la predestinación. La misma sombra antes, la misma carne ahora, la misma ceniza despues; pero si la ignorancia se mezcla en la pasta humana, la ennegrece, y esta incurable negrura se apodera del interior del hombre y se convierte allí en el mal.

III.

Babet, Traga-mar, Suena-dinero y Montparnasse.

Desde 1830 á 1835 gobernaba el foso de Paris un cuaterno de bandidos, llamados Traga-mar, Suena-dinero, Babet y Montparnasse.

Traga-mar era un Hércules no clasificado.

Le servia de antro la alcantarilla del Arche-Marion. Tenia seis piés de estatura, pecho de mármol, piernas de acero, respiración cavernosa, el torso de un coloso y el cráneo de un pájaro. Creíase ver en él al Hércules de Farnesio, vestido con pantalon de cutí y con blusa de veludillo. Traga-mar, por sus formas esculturales, hubiera podido domar monstruos, pero le pareció mejor y más breve ser uno de ellos. Este hombre tenia frente estrecha, sienas anchas, menos de cuarenta años y pata de gallo en los ojos, pelo áspero y corto y barba de jabalí. Sus músculos solicitaban el trabajo y su estupidez lo rechazaba. Era una gran fuerza perezosa. Era asesino por

dejadez. Se le suponía criollo. En 1815 fué mozo de cordel en Avignon. Desde entonces se hizo bandido.

La diafanidad de Babet contrastaba con la corpulencia de Traga-mar. Babet era flaco y sábio. Era transparente, pero impenetrable; se transparentaban sus huesos, pero no sus pupilas. Refería que fué químico. Había sido bufon en casa de Bobiche y payaso en casa de Bobino. También representó vaudevilles en Saint-Mihiel. Era hombre intencionado, muy charlatán; subrayaba sus sonrisas y entrecomaba sus gestos. Se dedicaba á la industria de vender al aire libre bustos de yeso y retratos del jefe del Estado. Además era sacamuelas. Enseñó también fenómenos en las ferias y fué dueño de un barracon, en el que puso este anuncio:—"Babet, artista dentista, miembro de varias academias; hace experimentos físicos en metales y en metaloides, extirpa los dientes y saca los raigones que dejan sus colegas. Precio: por una muela, franco y medio; por dos muelas, dos francos, etc. Aprovechad la ocasion."—(Aprovechad la ocasion que-ria decir en este caso: Dejaos arrancar todas las muelas posibles.) Fué casado y tuvo hijos, pero no sabía qué era de éstos ni de su mujer. Los perdió como se pierde un pañuelo. Como á escepcion rara en el mundo en que vivía, Babet leía periódicos. Un día, viviendo aun con su familia en el barracon, leyó en el *Mensajero* que una mujer había dado á luz un niño viable, que tenía hocico de ternera, y exclamó:—*Qué fortuna! Mi mujer no tendrá el talento de darme un hijo por ese estilo.*

Después lo abandonó todo para "trabajar en París," según él decía.

Suena-dinero vivía de noche; esperaba para salir que el cielo se oscureciera. Por la noche salía de su agujero, al que volvía antes de amanecer. Pero nadie sabía dónde tenía su agujero. Vivía de noche y hablaba con sus cómplices volviéndoles las espaldas. Solía decir: Yo me llamo Nadie, porque no tenía nombre ni apellido: *Suena-dinero* era un mote. En cuanto veía una luz, se ponía una careta. Era ventrílocuo, vago, errante y terrible. Desaparecía como un fantasma y aparecía como por escotillon.

Montparnasse era casi un niño, pero era un sér lúgubre. Aun no había cumplido veinte años; era de linda cara, de labios parecidos á cerezas, de hermoso pelo negro y de ojos penetrantes; le dominaban todos los vicios y aspiraba á

todos los crímenes. El digerir lo malo le abría el apetito á lo peor. Era el pilluelo convertido en ladrón y el ladrón convertido en bandido. Era afeminado y garboso, pero feroz. Llevaba el ala del sombrero levantada hácia la izquierda, para dejar descubierto el mechón de pelo rizado que exigía la moda de 1829. Vivía de lo que robaba violentamente. Su levita raída estaba bien cortada; era una especie de figurín entregado á la miseria y que cometía toda clase de crímenes, porque la causa de todos los atentados de este adolescente era el deseo de ir bien vestido. La primera modista que le dijo: "Eres guapo," le imprimió en el corazón la mancha de las tinieblas, é hizo un Caín de este Abel. Al creerse hermoso quiso ser elegante; la primera elegancia es la ociosidad, y la ociosidad del pobre es el crimen. Había pocos ladrones tan temidos como Montparnasse. A los diez y ocho años había dejado ya tras sí algunos cadáveres.

IV.

Composicion de la banda.

Estos bandidos formaban entre los cuatro una especie de Proteo, que serpenteaba al través de la policia y que se libraba de las miradas indiscretas de Vidoq, prestándose mutuamente unos á otros sus nombres y sus guaridas, protegiéndose, siendo cajas de secretos y asílos recíprocos, deshaciéndose de sus personalidades, como el que se quita la nariz postiza en un baile de máscaras; simplificándose unas veces, hasta el extremo de no ser más que uno, y otras multiplicándose, hasta el punto de hacer creer al mismo Latour que eran una turba.

Estos cuatro hombres componían una especie de ladrón misterioso de cuatro cabezas, que aterraba á París; eran el pólipa monstruoso del mal que habitaba en la cripta de la sociedad.

Gracias á lo ramificados que estaban y á la red subyacente de sus relaciones, Babet, Traga-mar, Suena-dinero y Montparnasse tenían á su cargo la empresa general de los crímenes del departamento del Sena. Ejercían sobre el transeunte el golpe de Estado de abajo. Los que concebían ideas de este género, los hombres de imaginación nocturna, se dirigían á ellos para ejecutarlas. Suministraban á estos cuatro bribones el argumento y ellos se encargaban de la

ejecucion. Trabajaban como en un teatro. Siempre estaban preparados para alquilar un personal proporcionado y conveniente para los atentados que necesitasen ayuda y fuesen suficientemente lucrativos. Cuando un crimen buscaba brazos, se subarrendaban cómplices. Tenían á sus órdenes una compañía de actores de tinieblas para todas las tragedias de caverna.

Se reunían habitualmente al anoche- cer, que era la hora de despertarse, en las llanuras inmediatas á la Salpetriere, y allí conferenciaban.

Tenían ante ellos doce horas negras y arreglaban el modo de emplearlas.

Patron-Minette era el nombre que en la circulación subterránea se daba á la asociación de dichos cuatro hombres. En el antiguo lenguaje popular fantástico, que diariamente vá perdiéndose, *Patron-Minette* significa en francés la madrugada, como *Entre chien y coup* significa el anochecer. El apelativo *Patron-Minette* procedía probablemente de la hora á que terminaban su trabajo, pues la del alba es la de desaparecer los fantasmas y la de separarse los bandidos. Por esa rúbrica eran conocidos aquellos cuatro hombres. Cuando el presidente del Tribunal del Crimen visitó á Lacenaire en la prision, le habló de una fechoría que el bandido negaba, y le preguntó:—Pues quién la ha cometido? Lacenaire dió esta respuesta, enigmática para el magistrado, pero clara para la policia:—Tal vez *Patron-Minette*.

Muchas veces se adivina el argumento de una obra dramática con la simple exposicion de los personajes; pues lo mismo se puede apreciar una banda por la lista de los bandidos. Véase, ya que sus nombres sobrenadan en memorias especiales, á qué apelativos respondían los principales afiliados del *Patron-Minette*:

Panchaud (a) Primavera.

Brujon (había una dinastía de este apellido).

Boulatruelle (el peon caminero que ya conocemos).

La viuda.

Finisterre.

Homero-Hogn, negro.

Martes-derroche.

Estafeta.

Fauntleros (a) la Ramilletera.

Glorioso, presidiario cumplido.

Para-coches (a) señor Dupont.

Lesplanade.

Pomssagrive.

Carmagnolet.

Kruideniers (a) Bizarro.

Traga-encaje.

Volatinero.

Demiliard (a) Millonario, etc. etc.

Omitimos otros y no de los peores. Dichos nombres tienen rostros; no solo expresan séres, sino especies. Cada uno de los nombres corresponde á una variedad de los deformes hongos de las capas inferiores de la civilización.

Esos séres ocultos no se ven transitar por las calles. Durante el día, cansados de pasar noches feroces, se iban á dormir, ya en hornos de yeso, ya en las canteras abandonadas de Montmartre ó de Montrouge, y algunas veces en las alcantarillas, y se agazapaban en sus hureras.

Qué se han hecho esos hombres? Siempre existen: siempre han existido. Horacio habla ya de ellos: *Ambubaiarum collegia, pharmacopole, mendici, mimæ*; y mientras la sociedad sea lo que es, ellos serán lo que son. Bajo el oscuro techo de su caverna renacen continuamente de las filtraciones sociales. Vuelven á aparecer como espectros, siempre idénticos, solo que no usan los mismos nombres ni se cubren con las mismas pieles. Se extirpan los individuos, pero subsiste la tribu; conservan las mismas facultades del truán y el vago; la raza se mantiene pura. Adivinan el dinero en los bolsillos y huelen los relojes en los chalecos, porque el oro y la plata tienen para ellos olor. Hay ciudadanos sencillos, de quienes se puede decir que están predestinados á ser víctimas del robo, y los rateros les siguen pacientemente. Al ver pasar un extranjero ó un provinciano se estremecen como arañas.

Estos hombres son espantosos cuando se les descubre hácia la media noche en una calle desierta. No parecen hombres, sino formas creadas de bruma viviente. Diríase que habitualmente forman cuerpo con las tinieblas, que no se distinguen de éstas, que no tienen más alma que la sombra, y que solo por un momento y para vivir durante él vida monstruosa se desprenden de la noche.

¿Qué se necesita para desvanecer estas larvas? Luz, mucha luz; derramar la luz á torrentes.

No hay murciélago que pueda resistir la claridad del alba.

Iluminad la sociedad por abajo.